

Misa de Inicio de la Asamblea Sinodal 2021
Homilía

Muy queridos hermanos sinodales:

Con esta Eucaristía invocamos al Espíritu Santo para que nos siga acompañando en esta última etapa del camino que hemos recorrido juntos. Este sacramento ha sido nuestro alimento y punto de partida, y no imaginamos llegar solos a las periferias geográficas y existenciales de nuestra realidad urbana sin la asistencia y compañía del Santo Espíritu de Amor y de Consuelo.

La liturgia de la Palabra nos ha vuelto a recordar aquel primer Pentecostés de la Iglesia orante, y despierta en nosotros el deseo de convocar al Espíritu Santo, para que vuelva a infundir en nuestros corazones la pasión por el anuncio de la Buena Noticia, «que manifieste a todo el mundo la realidad del misterio de la salvación»¹. Es el mismo que al nacer la Iglesia «infundió su sabiduría a todos los pueblos y unió las diversas lenguas en la confesión de una sola fe»².

Y así, como el Espíritu animó a los Apóstoles para transformarse en testigos elocuentes «de las maravillas de Dios», deseamos que el Paráclito permanezca a nuestro lado mientras recorremos los barrios de Buenos Aires anunciando la presencia del Resucitado.

Resultan alentadoras las palabras de San Pablo VI al confirmarnos que es el Espíritu divino, quien «hoy, igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y guiar por Él, y pone en sus labios las palabras que por sí solo no podría hallar»³. Si nos dejamos «conducir por el Espíritu de Dios» (Ga 5,16), como nos exhorta San Pablo, no faltará en nuestro corazón: «... amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia» (Ga 5, 22-23) para entregar con gratuidad lo que gratuitamente recibimos, a la vez que reconocemos que Él protege, guía y anima el estilo sinodal en nuestra iglesia porteña.

El Evangelio de San Juan nos enseña que el Señor mismo, en su vida mortal, dio a entender varias veces a sus discípulos que había muchas cosas por enseñarles que no podían comprender porque era necesario esperar al Espíritu de la Verdad, y les prometió: «Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad» (cf. Jn 16,13). La verdad que revela el Espíritu divino es la misma persona de Cristo.

El testimonio del Espíritu del que habla Jesús hoy en el Evangelio consiste en su misión de revelar plenamente el mensaje de Cristo, que tiene su origen en el Padre, fue manifestado por el Hijo, pero es el Espíritu de la Verdad el que introduce la palabra de Jesús en nuestros corazones: «Recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes» (Jn 16,15). Por el Bautismo la Iglesia nos hizo hijos de la familia trinitaria y merecedores de ese legado: gratuito, inmerecido e incondicional.

Esa promesa se cumplirá en aquella tarde de la Pascua, cuando el Resucitado volverá al cenáculo y después de mostrarles los estigmas de su pasión, soplará sobre sus discípulos y les dirá: «¡Reciban el Espíritu Santo!» (cfr. Jn 20, 19-23). Desde ese momento, el Espíritu entra en la Iglesia y revela plenamente el significado de la palabra y de la figura de Cristo y su misión.

Al invocarlo con piedad esta tarde, deseamos sentir nuevamente su soplo vivificante sobre nosotros, y que sea el Espíritu de la Verdad quien vuelva a renovar la incondicional adhesión al Evangelio de Cristo en la Iglesia porteña. Bajo su inspiración, ella refleja toda su belleza, se torna luminosa y viva, abierta a todos los espacios urbanos donde las personas viven y padecen, sensible a sus valores culturales y a su febril laboriosidad. Con la sola presencia del Espíritu divino es capaz de mover los corazones y las conciencias, dispuesta a dignificar la vida cotidiana de sus hijos con el anuncio de la Palabra y la fuerza santificadora de los sacramentos. Guiada por el Dios «amante de la vida» (Sb 11,24), la Iglesia desea fijar su mirada materna sobre los pequeños y los más desamparados.

El camino sinodal que hemos recorrido estos años nos ha enseñado que un gran número de miembros del Pueblo de Dios, aun sin conocerse, comparten una fuerte identidad con la Iglesia y su misión

¹ Prefacio de Pentecostés.

² Íbidem.

³ San Pablo VI, Exhort. Ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 75.

evangelizadora. El Sínodo trazó puentes para que nos conozcamos y ahora, como nos anima el Papa Francisco, esperamos que «el Espíritu Santo nos empuje en esta carrera hacia adelante. La Iglesia necesita su entusiasmo, sus intuiciones, su fe. ¡Nos hacen falta!»⁴.

Nos disponemos a recorrer confiados este tiempo de la Asamblea Sinodal, una oportunidad para que juntos escuchemos la Palabra de Jesús y motivados para renovar la evangelización de nuestra ciudad, abramos el corazón a los sentimientos, saberes e ideas que compartirán los sinodales. Con Jesús de compañero de camino podremos escuchar y comprender mejor a nuestros hermanos y a lo que el Espíritu le dice hoy a esta Iglesia particular de la Santísima Trinidad. (cfr. Ap 3,22).

El Papa Francisco nos dice que hay tres razones para que el Espíritu Santo Don sea el protagonista insustituible en la Asamblea Sinodal que vamos a vivir:

- Lo primero que debemos aceptar es que «las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad»⁵.
- Por otro lado, si no subestimamos a nadie, podremos compartir y enriquecernos con las experiencias de «evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. En Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios, que cada uno comienza a entender en su propia lengua. El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (*parresía*), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente»⁶.
- Por último, si estamos convencidos de que el «Espíritu Santo actúa en todos implica reconocer que Él procura penetrar toda situación humana y todos los vínculos sociales: el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de una mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables»⁷.

Una mujer abierta a las mociones del Espíritu Santo fue María, quien por su fe se convirtió en Madre de su propio creador. En Ella «la acción del Espíritu la colma con su gracia y la impulsa a salir de sí para servir a los otros, proclamar la Palabra, celebrar su Presencia y caminar con su pueblo». «En la Iglesia porteña el relato de la Visitación nos invita a renovar la esperanza de que no hay nada imposible para Dios y comprometernos con la evangelización de la ciudad a través de la primacía de la caridad». «Deseamos caminar juntos en el Espíritu para evangelizar Buenos Aires. Queremos visitar, servir y cantar con María, y acompañar, cuidar y trabajar como José»⁸.

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli

⁴ Exhort. Ap. *Christus Vivit*, 299.

⁵ *Evangelii Gaudium*, 131

⁶ Ídem, 259.

⁷ Ídem, 178.

⁸ Documento de Trabajo, 59, 79 y 65.